

TEXTOLOGIA NAHUATL Y NUEVAS INTERPRETACIONES

POR

AMOS SEGALA
C.N.R.S., *Universidad de París X*

A.

Para empezar, sacaré a colación una experiencia personal que me afectó, metodológicamente, muchísimo.

Eran mis años de Universidad y seguía, en Génova, los cursos del famoso helenista Mario Untersteiner. El nos dictaba un curso sobre Píndaro, a quien estudiábamos en la edición crítica que el estudioso polaco Aleksandr Turyn había publicado en 1950. Esta edición había producido una verdadera revolución hermenéutica.

Los numerosos cambios textuales, la reconstitución, los reagrupamientos diferentes de algunas *Odas* del lírico griego—acerca del cual todo parecía, desde este punto de vista, haber sido ya dicho—, la restitución o el cuestionamiento de la *traditio* de los escoliastas me enseñó, de una manera directa, que el texto debe ser fijado con las mayores precauciones y que esta fijación, base y fundamento del discurso crítico, es siempre un proceso provisorio y perfectible, que exige virtudes filológicas, pero también conocimientos históricos y técnicos correspondientes a otras disciplinas y a otras miradas.

Este fenómeno no es una excepción, sino más bien una constante en el campo de los estudios filológicos. Recordaré que, en lo que concierne el mundo clásico, la historiografía erudita helenística mencionaba obras, cronologías, temas, de los que quedan pocos vestigios en el discurso concreto de los manuscritos de los autores citados que obran en nuestro poder. En estas condiciones, tenemos que aceptar que los balances que proponen los manuales son provisorios, y lo serán para siempre, ya que hay eslabones que faltan (¿cuáles?) y que si los conociéramos (vanas esperanzas) estaríamos obligados a sacar otras conclusiones, o las mismas, pero con argumentos más apuntalados, en lugar de los actuales, basados en indicios o en la tradición. Podemos de alguna manera verificar esta afirmación, recordando la conmoción hermenéutica que provocó el contacto con “nuevos manuscritos” cuando, en el siglo XVI, los sabios bizantinos abandonaron Constantinopla, llevando consigo un buen número de textos de Platón, de Aristóteles y de la gran literatura griega del siglo V. Gracias a este contacto, textualmente *seguro* y amplificado, los clérigos de Florencia, de Roma, de

Padua, de Bolonia, de Venecia y de Nápoles establecieron las premisas, los cimientos conceptuales de una revolución cultural, el Renacimiento, que habría de transformar Europa y sentar las bases de los tiempos modernos.

Sin esta obra de recuperación, de transcripción y de traducción —condición filológica imprescindible—, el Renacimiento no habría podido afianzarse ni expandirse. La Italia y la Europa del *Quattrocento* inauguraron la modernidad cuando pudieron recoger y reactualizar la herencia greco-latina que la sociedad medieval había marginado de sus intereses, por razones precisamente de *acceso técnico a los textos* que la definían y porque funcionaba con estereotipos (el de Virgilio, por ejemplo), alejados de la realidad de los textos clásicos.

B.

Si me he permitido recordar ejemplos tan conocidos, es porque tengo la impresión de que estamos en vísperas de grandes evoluciones hermenéuticas con respecto a la textología náhuatl, y estas premisas tienden a colocar estas novedades en un marco de normalidad y no de sacrilegio, en el estilo de trabajo que caracteriza a este sector de la investigación.

Todos sabemos que la palabra escrita y oral tenía un lugar muy particular en la sociedad azteca. Por eso cuando los mexicas definían al sabio por excelencia, decían:

El sabio: una luz, una tea, una gruesa tea que no ahúma, un espejo horadado por ambos lados, suya es la tinta negra y roja, de él son los códices, él mismo es escritura, y sabiduría, es camino, es guía veraz, para otros, conduce a las personas, a las cosas, es gufa en los negocios humanos ...

Una de las recomendaciones más importantes de los padres, cuando ofrecían sus hijos al Calmecac, era:

Toma cargo de la tinta negra y roja, del color de los libros, de las pinturas. Colócate en la cercanía, en la proximidad de los prudentes y del sabio He aquí la voz completa, la palabra completa, la expresión de nosotros los viejos, las viejas ...

La palabra escrita era así el lugar donde se encarnaba la tradición retrospectiva y prospectiva del grupo. Pomar escribe que, como consecuencia de la destrucción de los Archivos de Nezahualpilli, en Tezococo,

hoy día lloran sus descendientes con mucho sentimiento, por haber quedado como a oscuras, sin noticia ni memoria de los hechos de sus pasados.

Los códices, los libros, la palabra escrita eran pues el equivalente semántico, la traducción visible y legible de los mecanismos pasados, presentes y futuros del universo, con respecto tanto al horizonte cósmico, como al de la ciudad, del

barrio y del hogar doméstico. Formaban parte de los medios utilizados para soldar y orientar a la comunidad y, en consecuencia, de los aprendizajes rituales de las clases superiores. La Palabra tenía un pasado, una historia que coincidía con la de la Ciudad, de la que era la huella, legitimante y paradigmática.

Es por esto que la invención de la escritura es atribuida por los aztecas a Quetzalcóatl; su conservación y su interpretación son no solamente esenciales para las futuras generaciones, sino que fundan además la identidad ontológica del grupo. La ausencia o la privación de las escrituras, la *pintura negra y roja* de los códices, no representa la lamentable, pero finalmente reemplazable, indisponibilidad de un medio de comunicación, sino el derrumbe mismo de la Ciudad. Sin la memoria del pasado y sin la posibilidad de reconocer y de decir la posición cosmológica y social del individuo y del grupo, y las coordenadas esenciales de sus equilibrios y de las amenazas que lo acechan, la vida pierde su sentido, se separa de la trama misteriosa, pero reveladora, de sus vínculos, positivos y negativos, con las fuerzas que habitan y dirigen el universo.

Gracias a las escrituras, todo se aclara, se explica y puede ser orientado. Es por esto que la función escritural es una función sagrada y ritual; sus componentes materiales (el papel y las tintas) tienen las mismas referencias y connotaciones mágicas, el mismo sentido simbólico que el oro, las plumas, los jades, elementos que, además de su primera designación terrestre, significan realidades de otro orden. Así, la palabra azteca no será nunca una palabra laica, ni siquiera en los momentos más funcionales y menos colectivos de su emisión.

C.

El contacto, a nivel del lenguaje, entre españoles y aztecas, fue tan rico en consecuencias como el de las armas. En efecto, Cortés, al disponer de un sistema, aunque fuera rudimentario, de interpretación, pudo orientar su estrategia, desbaratar toda resistencia y apoderarse, primero conceptualmente, y luego militarmente, de un Imperio cuya base fundamental era una cadena semántica que unía solidariamente el pasado, el presente y el futuro.

Conocer los arcanos de esta cadena, reemplazar sus referentes por los de la fe cristiana, utilizar sus maravillosos aprendizajes, sus signos expresivos admirablemente adaptados a las clases, de las cuales eran la expresión, tal fue la preocupación mayor, el programa de la *conquista espiritual* que las Ordenes inauguraron con una rapidez, una eficacia y un espíritu científico notable. Las lenguas indígenas constituyeron un elemento fundamental para la penetración de la ideología traída de la Península Ibérica, y el idioma de la conquista fue el del pueblo conquistado.

En virtud del principio según el cual más se conoce al enemigo, más fácil es combatirlo y desenmascararlo, los españoles realizaron un trabajo etnográfico, lingüístico e histórico admirable, para hacer el inventario de una civilización que la guerra, la economía, la administración y la *Real-Politik* trataban de destruir.

Naturalmente, las cosas no ocurrieron de una manera tan esquemática e idílica; la realización de esta voluntad de desposesión chocó ante todo con la situación conflictiva de las dos partes, con su *forma mentis*, igualmente compleja e irreductible, con las condiciones profundamente desiguales del intercambio. Ni las finalidades últimas, ni la relación dominante/dominado podían ser dejadas de lado en ningún momento por esta estrategia, en la que la cultura indígena estaba obligada a ofrecerse ella misma para ser derrotada mejor.

No abordaré aquí los problemas específicos de las fuentes —intervenciones orientadoras de los encuestadores, omisiones y ocultamientos de los informantes, su progresiva aculturación—, pero mencionaré uno de ellos, que me parece fundamental: el que plantea la traducción integral de una cultura en otra, el tránsito de un sistema de signos a otro.

Hay que reconocer, sin embargo, un hecho capital: si los aztecas hablan, lo hacen gracias a la curiosidad, al método, a la perseverancia de los españoles. Son ellos quienes posibilitan hoy un discurso —incompleto y parcial, tal vez, pero un discurso al fin— sobre un mundo que todas las desgracias de la historia harían desaparecer rápidamente. Realmente es casi un milagro que el trabajo y la pasión de un puñado de españoles hayan podido conservar, aunque sea distorsionado y mutilado, un patrimonio que habría podido desaparecer sin dejar huellas, como ocurrió con tantos Imperios de Africa, de Asia y de América misma, de los que sólo nos quedan piedras mudas y enigmáticas.

¿Qué se ha hecho hasta hoy con este patrimonio? ¿Cuál ha sido su utilización en el debate cultural del siglo? ¿Ha sido interrogado, discutido, ofrecido en su integridad y en su integralidad?

D.

Se ha dicho, con razón, que los mexicanos, hombres de cultura, políticos e historiadores, se definen siempre en relación con el mundo indígena. Los comportamientos individuales y colectivos hacen referencia a él constantemente, sin valorar quizás conscientemente la calidad y la influencia de esta reflexión dialéctica permanente. En estas condiciones, lo normal hubiera sido que la expresión literaria de la identidad azteca, transmitida en la obra inmensa de Sahagún, de sus discípulos y colegas, fuera objeto de una atención privilegiada y representara uno de los instrumentos de interpretación más utilizados y fiables de la especificidad tenochca. Por el contrario, sorprende constatar que, lejos de ser uno de los campos más explorados y fecundos, el estudio de las fuentes literarias náhuatl y maya, por un conjunto de circunstancias que no son siempre casuales, ha quedado marginado de las preocupaciones y de los proyectos culturales de la sociedad mexicana de nuestro siglo.

Varios factores condujeron a esta situación profundamente perjudicial: la dispersión de los documentos en numerosas bibliotecas de América y de Europa, lo que no facilitó, ni su utilización crítica, ni su circulación entre los especialistas; la falta de estructuras educativas y de tradición pedagógica a nivel superior y,

por ende, el número relativamente modesto de investigadores y especialistas en esta disciplina; la ausencia de coordinación entre los diferentes centros que, en el mundo entero, se ocupan de esta literatura, lo que impide la difusión de las investigaciones, el trabajo de equipo y la puesta en marcha de iniciativas de envergadura.

Pero curiosamente, lo que más ha perjudicado los estudios literarios náhuatl (y maya), fueron los resultados espectaculares de la arqueología y las prioridades de la antropología social. Entre esos dos protagonistas de lo cotidiano y del imaginario mexicano, la literatura náhuatl, encerrada en los misterios de su lengua marginalizada, de sus documentos olvidados o dispersos, de sus *cursus* universitarios sin relieve, no ha sabido, ni podido, imponerse como un instrumento capaz de explicar el *ethos* azteca, de ayudar a leer las piedras de la arqueología y contribuir a la comprensión de los arcanos de un pueblo, al cual, los persistentes esfuerzos de integración, no podrán nunca hacerle olvidar sus orígenes.

En general, los textos literarios o históricos náhuatl se vieron excluidos de la obra de exhumación y de valorización de las antigüedades pre-cortesianas del siglo XIX. Y ni bien la Revolución pudo poner en práctica sus proyectos, trató de unificar los métodos y los objetivos de la arqueología con los de una generosa y clarividente recuperación social y económica de las zonas indígenas correspondientes. A partir de ese momento, los programas de excavaciones se desarrollaron paralelamente a los de integración cultural de las poblaciones indígenas y se puso el acento, casi exclusivamente, en el estudio y en el análisis del pasado arqueológico y de las técnicas de inserción de las etnias indígenas, más que en los medios para comprender su especificidad cultural, transmitido a través de un patrimonio lingüístico, gestual, musical, directamente vinculado con las tradiciones prehispánicas, y todavía vivo. Esta opción, que algunos, como Fernando Benítez, han criticado a menudo, explica en parte los atrasos y las orientaciones de la escuela mexicana de lengua y de literatura náhuatl. En efecto, siendo la última en haber alcanzado los honores de los programas académicos, esta escuela ha acumulado sorprendentes retrasos y debe apoyarse, por una parte, en los resultados cada vez más espectaculares de la arqueología y, por la otra, en las teorías de un sector del indigenismo.

La enseñanza y los trabajos prácticos de la arqueología y de la antropología social se sitúan a finales del siglo XIX, comienzos del XX, mientras que la enseñanza universitaria, las investigaciones y las publicaciones de las fuentes literarias y lingüísticas náhuatl son mucho más recientes. Hay que llegar, en efecto, a los años 1960, para encontrar una serie de publicaciones, de cátedras universitarias, de institutos de investigación y de revistas totalmente dedicadas a este campo.

Hay que destacar aquí sobre todo la obra del Padre Garibay, y la de su discípulo y continuador, Miguel León Portilla. Sus investigaciones, y sus interpretaciones, se llevaron a cabo en el marco de un sector del indigenismo

mexicano, no por razones de filiación o de obediencia, sino de participación en una opción ante los proyectos cíclicos de *rehabilitación* de la cultura azteca, en oposición a las negaciones y a los repudios de los que había sido objeto.

Es en este contexto conflictivo, que plantea problemas de orden científico y patriótico, emocional y nacionalista, que se inscribe cronológicamente la contribución de los especialistas mexicanos en literatura náhuatl. Una de sus funciones, dejando de lado la obra de traducción y de explicación de las fuentes indígenas que emprendieron con una fecundidad y resultados absolutamente notables, ha sido la de ofrecer al *corpus* controvertido de las doctrinas sobre los aztecas, nuevos elementos, esclarecimientos textuales muy apreciados y rápidamente adoptados.

Estas contribuciones pueden resumirse en tres puntos mayores:

—la literatura náhuatl es a la vez la expresión y la prueba de la complejidad y de la venerable antigüedad mesoamericana de la *fachada azteca*.

—la literatura náhuatl es el lugar donde mejor se ha expresado la oposición entre las opciones militaristas imperiales de Huitzilopochtli y las del humanismo surgido de Quetzalcóatl. En el Estado mexicana, junto con el proyecto del *Pueblo del Sol*, existía el de los sabios, los Tamatinimeh, afirmación que restituye a los aztecas el beneficio de la duda metódica e histórica con respecto a su *leyenda negra*.

—La literatura náhuatl muestra, a través de sus autores, la organización social de la actividad poética, su construcción retórica y, naturalmente, sus temas específicos; una existencia real y autónoma que la define como una verdadera manifestación, y no como una actividad ancilar del proyecto religioso y político-social mexicana.

E.

Estas conclusiones constituyen hoy, *de facto*, uno de los aspectos claves del debate indigenista y se integran casi institucionalmente en la discusión ininterrumpida y cada vez más matizada que habla de los aztecas de ayer, observando, juzgando y acompañando a los de hoy.

Podríamos decir que, frente a los triunfos de la arqueología, que ha logrado elaborar un discurso al mismo tiempo diversificado y diacrónico, los literarios se han sentido obligados a proceder de manera semejante. Por extrapolación, han hecho hablar a las fuentes —según su proyecto, más que escuchando lo que efectivamente decían. Así, aunque los textos náhuatl no hablan sino de la realidad azteca del siglo XVI, ésta ha sido desplazada hacia otra proto-historia, considerada como más noble, más presentable. Sin embargo, hay que reconocer que los estudios recientes y las tendencias que manifiestan, nos llevan a pensar que esta etapa está ya superada.

El tiempo de las revisiones se aproxima y, sin duda, ocupará los primeros planos. No es extraño que los filósofos se adelanten a los literatos, ni que estos

últimos retomen los innumerables llamamientos que el Padre Garibay repitió casi en cada una de sus páginas, exigiendo rigor, exhaustividad y una metodología actualizada en el tratamiento de los manuscritos disponibles y olvidados, único medio de ampliar, esclarecer de manera diferente y restituir su autenticidad.

